

DIALÉCTICO.

Digo, que estoy satisfecho.

Este diálogo, que para materia de tan poca importancia parecerá á primera vista prolijo, se hallará ser utilísimo, si se considera que no sólo puede servir para resolver muchos dudosos sofismas, que se forman en el mismo molde del *sorites*, mas tambien puede to-

DICTADO DE LAS AULAS.

§ I.

Duéleme del tiempo que se pierde en la lectura de las materias tanto filosóficas como teológicas, y aún más en la de las segundas, que de las primeras. ¿Qué quiero decir? Que la lectura, como tal, es inútil? Nada ménos. No sólo la juzgo utilísima, sino indispensablemente necesaria. Culpo los accidentes, no la substancia; no la entidad, sino el modo. No digo que se pierda todo el tiempo que se emplea en la lectura, sino buena parte de él. Ni tampoco esta censura comprehende á todos los maestros, sino algunos; aunque no muy pocos.

La prolijidad en tratar las cuestiones es la que acusa. Este abuso reina mucho más en las cuestiones de teología escolástica que en las de filosofía ó medicina, aunque en todas hay bastante. Hay profesores, que ya por este, ya por aquel motivo, toman por empeño apurar las dificultades de algunas cuestiones, hasta el extremo de que ni en lo posible quede réplica alguna que pueda darles cuidado, ni á los contrarios reste rincón alguno donde refugiarse de la fuerza de sus razones. Vanísimo conato, y que no puede ménos de proceder de cordedad de entendimiento. Es cierto que la esfera del discurso humano, en orden á las evidencias, es muy angosta; pero en orden á probabilidades, muy dilatada; y en orden á cavilaciones sofisticas, infinita. Pensar, pues, en alguna controversia, donde hay probabilidad por ambas partes; quitar toda retirada á los enemigos, haciendo al mismo tiempo una valla inexpugnable á todos sus argumentos, no es otra cosa que pretender poner límites al espacio imaginario. El argumento más artificioso es un laberinto, á quien los ingenios *Dédalos* nunca dejan de hallar salida; y la solución más sólida, una muralla en quien los *Alejandro*s nunca dejan de abrir entrada.

Lo peor es, que no hay sujetos ménos capaces de poner término á las cavilaciones escolásticas, que los que presumen poder ponerle. Necesariamente han de ser de cortísimo ingenio los que no perciben que esto es lo mismo que detener el curso de un río ó poner puertas al campo. Lo que, pues, suelen lograr con sus prolijas tareas, es llenar grandes volúmenes de soluciones y réplicas, que, amontonadas unas sobre otras, hacen una ostentosa perspectiva; pero toda esa máqui-

marse como una especie de modelo general, para usar de distincion y claridad en las disputas, quitando toda confusion á las expresiones vagas, indeterminadas ó equívocas, las que frecuentísimamente enredan de tal modo á los disputantes, que no sólo los imposibilitan á aclarar la verdad, mas aún estorban que uno á otro se entiendan.

DICTADO DE LAS AULAS.

na se viene al suelo con un papirote solo de un discurso claro: y es el caso que frecuentemente se funda todo en una proposicion mal entendida, por equívoca ó por obscura; y aclarada ó distinguida aquella proposicion, ya no son del caso treinta ó cuarenta hojas de cartapacio, que se fundaron en aquel ruinoso cimiento. ¿Cuántas veces el profesor da por cierta la mayor de un silogismo; y dejándola aparte como innegable, gasta mucho tiempo y papel en probar la menor; pero despues, examinadas una y otra premisa por ojos más perspicaces, se descubre que en la mayor está el defecto, y para ella no hay prueba alguna en el abultadísimo cartapacio! Dígolo porque lo he notado muchas veces, y no pocas me sucedió tronchar un argumento (*absit verbo jactantia*) que se me proponia como indisoluble, sólo con manifestar la ambigüedad de alguna proposicion, en que el arguyente no habia reparado, y así tenia puesta toda la artilleria de las pruebas hacia otra parte. Así, estos argumentos que llaman *Aquiles* suelen tener la suerte de aquel héroe griego, de quien les vino el nombre, que por un talon, esto es, por una pequeña y descuidada parte de su cuerpo, siendo invulnerables en todo el resto, viene la flecha que los derriba.

§ II.

Otro principio hay de hacer las cuestiones prolijas, y esto sin que lo adviertan sus mismos autores, que es la introduccion de mucha forma escolástica en ellas. Es cierto, que las pruebas, argumentos y respuestas, que extendidos en forma escolástica ocupan dos pliegos, reducidos á materia limpia y clara no llenarán ni aún dos planas. Pondré un ejemplo visible de esto: disputan los teólogos cuál es el predicado constitutivo metafísicamente de la esencia divina. Algunos tomistas la constituyen en la inteleccion actual. Propongo yo una conclusion contradictoria de esta sentencia, y la pruebo así en forma silogística. *Illud prædicatum, quod ex nostro modo concipiendi supponit pro priori essentiam divinam metaphisicè constitutam, non est constitutum metaphisicè essentia divinæ, sed intellectio actualis ex nostro modo concipiendi supponit pro priori essentiam divinam metaphisicè constitutam. Ergo intellectio actualis non est prædicatum metaphisicè constitutum essentia divinæ. Major est evidens, et minor probatur. Intellectio actualis est actio immanens Dei; sed omnis actio Dei ex nostro modo concipiendi supponit pro priori essentiam divinam metaphisicè constitutam; ergo intellectio actualis supponit pro priori essentiam divinam metaphisicè constitutam. Major patet. Probo ergo minorem. Omnis actio Dei, ex nostro modo concipiendi, consideratur ut elicitæ et egrediens à Deo; sed hoc ipso ex nostro modo concipiendi supponit pro priori essentiam divinam metaphisicè constitutam. Ergo omnis actio Dei ex nostro modo concipiendi, supponit pro priori essentiam divinam metaphisicè constitutam. Major constat, quia actio non potest à nobis considerari nisi ut egrediens, et profluens ab aliquo principio elicitivo illius, quod respectu cujuscumque actionis Dei, est ipse Deus. Minorem probo. Implicat actionem Dei à nobis considerari ut elicitam et egredientem à Deo, quin ex nostro modo concipiendi supponat Deum metaphisicè constitutum in sua essentia; sed omnis actio Dei à nobis consideratur ut elicitæ et egrediens à Deo. Ergo omnis actio Dei, ex nostro modo concipiendi, supponit pro priori essentiam divinam metaphisicè constitutam.*

Quien no ve que esta prueba se podría, excusando la forma silogística, proponer en dos renglones, de este modo ú otro semejante? *Probatur: Quia prædicatum metaphisicè constitutum essentia divinæ est, quod pro priori ad omnia reliqua intelligitur in Deo: at verò intellectio caret hac prioritate; consideratur enim à nobis ut egrediens à suo principio, ac proinde ut supponens principium pro priori.* ¿De qué servirá, pues, aquella retahila de silogismos? Ó el oyente es capaz de proponer en forma silogística esta prueba que se le dicta así resumida en materia, cuando llegue la ocasion de argüir, ó no. Si lo es, excusa que se la dicten en aquella prolija forma. Si no lo es, inútil es para él cuanto se le dicta; porque á quien despues de estar maceando tres años de artes en la forma silogística, no acierta á reducir á ella cualquiera razon que ve propuesta en materia, ¿qué le falta para ser graduado de enteramente incapaz? Ó ¿qué resta, sino que, arrancándole la pluma de la mano, se le ponga en ella un arado ó un hazadon?

Vamos ahora á la solucion que en forma escolástica dará al argumento propuesto el que lleve, que la inteleccion es constitutivo metafísico de la esencia divina. Supongo que quiere usar de la de el maestro Alvelda, el cual, distinguiendo en la inteleccion dos conceptos, el primero de perfectísima actualidad *per se* subsistente de la línea intelectiva, y el segundo de accion, concede de este segundo todo lo que pretende el argumento, y lo niega de el primero. Ya se ve que en estas pocas palabras está puesta toda la doctrina de la solucion; pero extendiéndola en forma escolástica, dirá de este modo: *Ad argumentum, concessa majori, distingo minorem: intellectio actualis sub munere actionis, ex nostro modo concipiendi, supponit pro priori essentiam divinam metaphisicè constitutam, concedo minorem; sub munere perfectissimæ actualitatis lineæ intellectivæ per se subsistentis, nego minorem, et consequentiam. Ad probationem distingo majorem. Est actio Dei, et simul perfectissima actualitas lineæ intellectivæ per se subsistens,*

concedo majorem; actio Dei præcissè, nego majorem. Et distingo minorem. Omnis actio Dei, ex nostro concipiendi modo, supponit pro priori essentiam divinam metaphisicè constitutam, ut actio est, concedo minorem: ut perfectissima actualitas per se subsistens de linea intellectiva, nego minorem. ¿Para qué cansarme más? Dos silogismos restan en el argumento en cuya solucion formal se ha de gastar otro tanto papel como en la de los dos primeros, que es decir en diez y seis ú diez y ocho renglones, lo que se pudiera decir en dos ú tres. Y aún no pára aquí, sino que despues de toda esta fagina entra la prosa seguida, repitiendo lo mismo que ya está dicho: *Itaque in intellectu divina distinguendus est duplex conceptus inadequatus, etc.*

¿No es lástima emplear tanto tiempo y papel inútilmente? ¿Quién hay capaz de saber algo que, dándole la doctrina de la solucion, no acierte á acomodarla á todas las proposiciones del argumento con el *concedo*, el *nego* y el *distinguo*?

Bien creo yo que se encuentran algunos tan rudos en las aulas, que á ménos de darles la doctrina mascada y digerida de este modo, no saben usar de ella en la disputa. Mas lo que se debe practicar con éstos es despa- charlos para que tomen otro oficio. Conviniere mucho al público, que en cada universidad hubiese un visitador ó examinador, señalado por el príncipe ó por el supremo senado, que informándose cada año de los que son aptos ó ineptos para las letras, purgase de éstos las escuelas. Con este arbitrio habria más gente en la república para ejercer las artes mecánicas, y las ciencias abundarian de más floridos profesores; pues se ve á cada paso, que al fin, algunos de los zotes, á fuerza de favores, quitan el empleo del magisterio á algunos beneméritos; lo que no podria suceder si con tiempo los retirasen de la aula, como á los inválidos de la milicia.

La facultad médica es la que padece con especialidad esta desgracia, ó por mejor decir, quien la padece no es ella, sino el público. Es cierto que no hay ciencia ó arte que requiera más ingenio, más penetracion, más claridad de entendimiento, más sólido juicio, que la medicina. Con todo, se ve que cuantos se ponen á estudiarla, arriban á practicarla. ¿Cómo es posible que deje de haber entre ellos muchos extremadamente rudos? y más cuando se sabe que algunos, que habiendo tentado la teología ó la jurisprudencia, no pudieron dar un paso en una ni en otra ciencia, se acogen despues á la sagrada áncora de la medicina. Así, en la esfera de esta facultad sucede lo mismo que en la celeste, en la cual, el rudo vulgo sólo imagina astros benéficos y favorables á la salud; pero los más instruidos, á vuelta de una ú otra constelacion benigna, ven en ella un leon devorante, un toro furibundo, un cancró mortal, un escorpion venenoso, un sagitario cruel, que amenazan llevarse de calle las vidas de los hombres.

Así este daño de la medicina, como el de las demas facultades, se evitaria arrojando de las escuelas á los ineptos; mas ya que esto no está en mano de los maestros, por lo ménos no acorten el aprovechamiento de los hábiles por atender á los estúpidos. Esto hace relacion á lo que dije arriba. Extender tanto la doctrina en la forma, por dársela, como dicen, mascada á los rudos,

es escasearla con miseria á los ingeniosos, los cuales se ven indigna y voluntariamente detenidos á esperar el paso de los tardos, y pudiendo seguir la carrera de la ciencia con la agilidad de ciervos, los atan á caminar con las tortugas; de donde viene necesariamente, que apénas en un año adelanten lo que pudieran adelantar en un mes.

Convengo en que el primer año de artes la doctrina se dé digerida en forma escolástica, y los argumentos reforzados con réplicas y contraréplicas. Esto importa y es necesario para que los oyentes se instruyan bien en la forma y adquieran el hábito, ya de proseguir el argumento, ya de mantener la solución cuando se ofrezca disputar; pero de ahí adelante es perder tiempo el detenerse tanto: el hábil, con darle la doctrina, sabrá manejarla; y el rudo, en saliendo de aquellas proposiciones que tomó de memoria, ó en dándole una distinción que no tiene en el cartapacio, se quedará hecho un cepo, ó no dirá cosa que no sea un desatino.

Si para persuadir esta práctica no valieren mis razones, valga la autoridad de los supremos escolásticos. Aristóteles fué y es el monarca de los lógicos; sin embargo, en todo Aristóteles, si no donde trata del mismo silogismo, no se encuentra un silogismo. Lo mismo digo de aquel asombro de dialéctica, Agustino. Santo Tomás, príncipe de los teólogos escolásticos, es verdad que propone los argumentos contrarios, ya en silogismos, ya en entimemas; pero no gasta en cada argumento más que un entimema ó un silogismo; no se ve en él réplica ó contraréplica alguna, ni jamás á los argumentos responde con la fórmula de ir aplicando sucesivamente á cada proposición el *concedo*, el *nego* ó el *distinguo*; si sólo dando suelta en materia la doctrina que conviene para la solución. ¿Por qué no seguiremos en nuestros escritos escolásticos las huellas de estos grandes maestros?

Por haber escrito santo Tomás de este modo, comprendió casi toda la teología escolástica y moral en cuatro volúmenes de mucho cuerpo. Si los profesores de las aulas se ajustasen al mismo estilo, en cuatro años podrían sacar de ellas los oyentes toda la teología escolástica; cuando con el método que hoy siguen algunos, apénas vuelven á sus casas con tres ó cuatro tratados completos. Siendo yo oyente en Salamanca, un maestro que ocupaba en la letra casi toda la hora correspondiente á su cátedra, desde san Lúcas á san Juan, no leyó á sus discípulos más que dos cuestiones, y no de las de mayor importancia. ¿No es una lástima esto? Con todo, hay quienes hagan vanidad de ello, como aquel que en el *Satiricon* de Barclay, insultando al otro contentador, le decía con jactancia: *Vix ducentis horis legas, quod de hac materia scripsi.*

§ III.

Opondrámeme acaso que es menester tratar algunas cuestiones prolijamente para que sirvan á las disputas públicas, porque no podrán los actuantes defender bien la opinión que sustentan, si no los instruyen muy á la larga de las objeciones contrarias, y de las pruebas y soluciones propias. A esto respondo, que para actuar se les puede dar algún autor que trate la cuestión lar-

gamente, para que la estudien por él. Esto ningún inconveniente tiene; y es gravísimo el de detener tres meses en una cuestión á todos los oyentes, porque uno sólo tenga en ella todo el aparato necesario para sustentar un acto. Creo que á muchos sucederá lo que á mí, que en ocupándome mucho tiempo en una cuestión, venía á dominarme cierto género de fastidio, que sin gran repugnancia no me permitía conferenciar y disputar sobre ella.

Es muy particular en este asunto el suceso del famoso cartesiano Pedro Silvano Regis. Este ingenioso frances, después de haber cursado con grande aplauso cuatro años de teología en la universidad de Cahors, fué solicitado por el cuerpo de ella á recibir el bonete de doctor, ofreciéndose la misma universidad, gratuitamente, á todos los gastos del grado. Quiso él, para hacerse más digno de este honor, pasar á París á cursar un año en la Sorbona. Tuvo la desgracia de topar con uno de estos doctores machacones, el cual, habiendo propuesto cuestión sobre la hora en que Cristo, señor nuestro, instituyó el sacramento de la Eucaristía, se detuvo tanto en ella, que monsieur Regis llegó á fastidiarse, no sólo de la cuestión, sino de toda la facultad teológica, y la abandonó enteramente, no pensando ya más en el grado de doctor que le estaba preparado. Acaso esta caprichosa resolución estuvo bien á su fama, siendo verisímil que el estudio teológico no le daría tanto nombre como adquirió con los progresos que, dejada la teología, hizo en la nueva filosofía. Bastarían las especialísimas demostraciones de estimación que este autor debió á algunos señores españoles de la primera nobleza, para hacerle famoso en todo el orbe. El sabio marqués de Villena, abuelo del que hoy vive, apreciaba en altísimo grado los libros filosóficos de monsieur Regis, de que dió un brillante testimonio, cuando, siendo derrotados los españoles, de quienes era general, en la batalla del Ter, el año de 1694, cogieron los franceses todo el equipaje del Marqués, en que eran comprendidos varios libros; lo cual luego que llegó á su noticia, envió un mensajero al duque de Noalles, general del ejército enemigo, pidiéndole únicamente de todo su rico equipaje los *Comentarios de César* y la *Filosofía de monsieur Regis*. El mismo señor, habiendo el año de 1706 pasado á París su hijo, el marqués que poco há murió, le dió orden para que hiciese una visita en su nombre al autor. Hizola; pero como el hijo no era ménos amante de las letras y de los hombres eminentes en ellas que su glorioso padre, ejecutado el precepto de éste en la primera visita, por propio impulso continuó después el trato del célebre frances, quien también debió el mismo honor de visita al señor duque de Alba, siendo embajador en Francia.

Mas todos estos favores de la fama no redimieron á Pedro Silvano Regis de los desaires de la fortuna, siendo cierto que no le sirvieron para arribar á unos medios proporcionados para vivir con bastante conveniencia. Así es cierto, que le hizo un gravísimo daño el doctor, que con su pesadez le ocasionó el abandono de la teología, campo más fértil, aunque ménos ameno, y donde se hallan más frutos, aunque ménos flores, que en el de las especulaciones filosóficas

§ IV.

Fuera del gran daño que en la lectura de las aulas ocasiona la prolijidad de los maestros, resta otro, no sé si mayor, por el uso que obligan á hacer de ella á los discípulos, precisándolos á mandarla á la memoria y dar cuenta de ella, palabra por palabra y letra por letra, como va escrito. ¿Qué dispendio de tiempo tan lamentable! Un oyente, que podría largamente en dos horas de estudio hacerse cargo de un pliego de lectura, tomándola en substancia, se halla reducido á aprender acaso sólo una plana. ¿Qué diríamos de quien teniendo un caballo capaz de andar á legua por hora, poniéndole algún embarazo que le retardase notablemente el movimiento, le precisase á caminar no más que á legua por día? Ello por ello, lo mismo viene á ser lo que pasa en nuestro caso.

Y no es la pérdida de tiempo el único daño que resulta de este literario abuso. Otro se incurre, también gravísimo; y es, que los oyentes, por falta de ejercicio, tardan mucho en soltarse á razonar en latin sobre la facultad que estudian. Si no los atareasen á mandar literalmente la lección á la memoria; si sólo á aprenderla en substancia y dar cuenta de ella, acomodándose cada uno al lenguaje latino que le fuese ocurriendo; á vueltas de varios tropicónes en que incurrieran á los principios, dentro de uno ó dos años se hallarían expeditos para explicar en este idioma cuanto alcanzasen. Por cuya falta se experimenta á cada paso en los sustentantes de actos literarios, al responder en materia á los argumentos, la pueril miseria de recitar á la letra los párrafos que tienen en el cartapacio.

ARGUMENTOS DE AUTORIDAD.

§ I.

Los grandes hombres son acreedores, no sólo á que respetemos sus virtudes, mas á que disimulemos cuanto sea posible sus faltas. No es éste, á la verdad, el comun estilo del mundo, ántes aquellos que el cielo más llenó de resplandores, son en quienes la envidia y la emulación suelen dar realce á los defectos. El amor propio, impaciente de los excesos que nos hacen los sujetos eminentes, busca en ellos eclipses, que, contrapesando las luces, los dejen iguales, ó, si puede ser, inferiores á nosotros. Algunos hay que inciden en la misma torpeza, por la golosina de verse aplaudidos de ingeniosos, como que, por su mucha penetración, descubren tachas donde los demás no ven sino perfecciones, ó que, como águilas, no los deslumbran los rayos para examinar en los luminares la mezcla de algunas sombras: mas aun cuando sea verdadero su informe, no debe minorar nuestro respeto. Los hombres grandes, no por tener uno ú otro defecto dejan de ser grandes; y si no

Opondrámeme acaso que el adelantamiento grande que propongo, como efecto de estudiar sólo substancialmente la lección, es sólo ideal; porque ¿qué importa que el oyente pueda de este modo estudiar cada día un pliego, si el maestro no tiene tiempo, en la hora ú horas señaladas, para dictar ni aún la mitad? Respondo, que esto, por lo ménos en las artes, se puede remediar con el arbitrio utilísimo de leer en la cátedra, ó por mejor decir, explicar cursos impresos. *Utilísimo* dije, porque, no sólo una, sino diferentes utilidades se logran con este arbitrio. La primera, ahorrar el mucho tiempo que se gasta en escribir, el cual se puede aprovechar en más dilatada explicación y en hacer ejercitar más á los oyentes en argüir y responder. La segunda, la ya expresada de avanzarse más los discípulos en la materia que se trata; de suerte, que así pueden estudiar dos ó tres cuestiones en el tiempo que, con la práctica ordinaria, consumen en una. La tercera, lograr mejor doctrina, ó la doctrina misma más bien tratada, pues se puede, para este efecto, echar mano de algún autor selecto, que en ninguna escuela falta. Es verdad que los más tienen para el uso de la aula el inconveniente de difusos. Mas también á este inconveniente se puede ocurrir, practicando en otras religiones lo que acaba de ejecutar la Compañía, que es elegir un escolástico de especial ingenio, método y doctrina, para que forme un curso de artes arreglado á la escuela que siguen, con la concisión y claridad, que es menester para el efecto que se propone; y impreso, entregar á cada oyente un ejemplar. Aun en la teología se podría ejecutar lo mismo, aunque sería obra más larga.

tuviesen alguno, dejarían de ser hombres. Gozó el sol por muchos siglos la buena opinión de ser todo luz, hasta que á los principios del pasado descubrió manchas en él el sabio astrónomo jesuita Cristoforo Scheinero. Mas no por eso el sol dejó de ser sol, ni por eso los hombres dejaron de apreciarle como el más benéfico y brillante de todos los astros.

Esta ojeriza, ú de la envidia, ú de otra cualquiera pasión, contra los sujetos eminentes, sólo dura mientras ellos duran. Luego que mueren, la lápida que cubre sus cenizas, cubre también sus faltas. Los mismos que maliciosamente cercenaban su gloria, empiezan entónces á engrandecer su mérito más de lo justo, al modo de los romanos, que murmuraban los vicios de sus emperadores vivos, y los adoraban como deidades luego que eran muertos. Así parece que la vida y la gloria se han como dos formas opuestas, en quienes la corrupción de la primera es generación de la segunda.